

¿La realidad es un cuento?

La estrategia de Sherezade, el intento de Christian Salmon de reducirlo todo a su relato



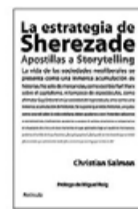
DOMINGO CABALLERO

El lobo: «¿Adónde vas, Caperucita?».
Caperucita: «¿Cojonudo! Un lobo que habla?».

Después de varias ediciones triunfales de **La máquina de fabricar historias (Storytelling)**, Christian Salmon ha dado a las prensas estas «apostillas» que insisten en que la realidad se nos sirve como narración, relato, historietta, cuento ingenioso o historia severa. Salmon vuelve a decirnos que esa realidad es verdadera si está bien contada, porque la realidad está construida por textos y, apurando, podría afirmarse que en realidad no hay realidad, sólo textos. Emprendedoras empresas, emporios publicitarios y grupos políticos se esfuerzan en el bien contar. Los socialdemócratas hispanos se venían quejando de que no contaban bien lo mucho y bueno que hacían en realidad. Y ese mismo lamento ya era una narración llorona, un relato tristón, que no puede competir frente a la turbamulta de historias circulantes. Por otra parte, ¿cómo olvidar aquel choque de relatos televisados cuyo final apoteósico culminó con la historia de una niña conocida como «la niña de Rajoy»?

Pero vayamos al cuento, el príncipe –según Salmon– es plural; son los clientes, los ciudadanos, los votantes, quienes van alargando la vida del Poder Sherezade, porque éste los embeleca contando relato tras relato. Es difícil saber si Salmon está de parte de Sherezade o del príncipe plural. Algo se nos aclara si indagamos en las fuentes no explícitas en las que bebe el autor. Asoman la oreja los padres de las iglesias neoestructuralistas, posmodernistas y neodeconstructivistas; un poco de **Foucault** por acá, algo de **Derrida** por allá, **Barthes**... etcétera.

Que todo es relato lo lleva a afirmar, por ejemplo, que el apocalipsis de las Torres Gemelas «desarticuló la gramática del relato dominante» (EE UU), obse-



La estrategia de Sherezade. Apostillas a Storytelling

Christian Salmon
Península, 2012

Más allá del relato, y sustentándolo, está la historia, los conflictos sociales, las culturas

quiándonos con la siguiente exquisitez estilística: «La Zona Cero es el grado cero del relato». Hombre, ¿no deberían añadirse al relato y su «gramática» los tres mil muertos reales volatilizados en aquel sudario gemelo incandescente?

Audacias más facilonas salpican el libro, como cuando reduce el «relato» de **Sarah Palin**, la pistolera republicana, a la «imagen de madre asociada a fantasías porno» (ni idea de política, pero está buena).

De sus mentores ya insinuados extrae también el autor la posibilidad de generar párrafos franceses y modernos y oscuros e intrincados. He aquí una muestra: «La gesticulación sarkozista sería la forma fenomenal de ese actuar impotente que caracteriza al hombre político neoliberal».

En fin. De acuerdo que nuestra mente, siempre social, también funciona intercambiando relatos. Hasta ahí con Salmon. Pero el relato no constituye la realidad. La realidad es dura de pelar e

interviene con todo su poderío en los relatos, validándolos o haciéndolos estallar. Y esa realidad es historia, es sociedad, es enfrentamiento grupal; realidad que se nos impone definiendo qué es una niña y hasta cuándo, qué es una alimaña, cuál es la índole de esa pugna secular entre hombres y lobos; realidad que nos pone a la vista sin excusa aquellos tres mil muertos reales, más los miles que chorrea la historia; realidad que nos impide levantar la sesión si no somos el presidente, etcétera, etcétera.

Siendo niño, algunos familiares, y curas, y curas familiares, me interpretaban las desgracias de los judíos como un castigo lógico, puesto que ellos «habían matado a Jesucristo». Velay, un relato bien contado, con sus protagonistas, sus antagonistas... una buena historia... en el supuesto de que todos los judíos reales, de todas las reales épocas, uno por uno, hayan ajusticiado realmente a Jesucristo. Confrontada con la realidad lógica tamaño majadería, lo que se descubre tras el relato es una disposición grupal a creer en culpas colectivas (por ejemplo, la culpa original de Adán y Eva, «en quien todos (¿) pecamos»); tras el relato se agazapa, asimismo, la pasión xenófoba, se barren debajo de la Historia amañada homicidios consagrados y reina, satisfecha y analfabeta, la lógica espuria. Más allá del relato, y sustentándolo, está la historia, los conflictos sociales, las culturas.

Arrepentido quizás el autor, nos receta finalmente, frente a los cuentos, dosis de «experiencia» en «la lucha por una democracia nueva». Pero si todo es texto, ¿qué es la experiencia? Si todo es texto, ¿qué será la democracia? Y si todo es texto, ¿qué será la democracia «nueva»?

Los muertos y los lobos no son textos. Tras el relato habita poderosa la realidad. De modo que si os topáis con un lobo que habla, desconfiad. Es un hombre.

Esta meditación sobre el fracaso es perfilada por Exley de modo audaz, mediante la narración en paralelo de su propia y desdichada vida (para decirlo de una vez: Exley fue un desastre absoluto) y la de su ídolo deportivo, un jugador de fútbol americano en quien el narrador proyecta sus frustraciones, sus límites y sus carencias. Entre medias, un elenco de personajes torturados y descabelladamente excéntricos va dibujando otro tipo de fracaso menos evidente, pero no menos profundo: el de un «way of life» que tras los anuncios de dentífrico, el orgullo «wasp» y la exultante salud física esconde un país ignorante, devorado por la televisión y corroído por los prejuicios.



Desventuras de un fanático del deporte

Frederick Exley
Editorial Duomo, 2012

Exley no ahorra estaciones al desamparo. No sólo las instituciones educativa, médica y familiar son ridiculizadas sin tregua, sino que los estándares del éxito americano son saboteados sin pausa. Ni siquiera el sexo o la belleza de las mujeres esconde un lugar para el consuelo. Exley, que entre burla y burla a Freud parece en realidad conmovido hasta el tuétano por las intuiciones del doctor vienés, no ahorra detalles íntimos acerca de esa otra descomposición no menos dolorosa: la de un hombre que aspira al amor y a la felicidad, pero que se obstina fatalmente en destruir ambas posibilidades.

Claro que siempre hay un umbral de dolor que evita la caída absoluta en el puro e improductivo cinismo. Como si allá, en el fondo, muy en el fondo de su oscura noche del alma, el escritor, el fracasado, el borracho, el hijo del inolvidable **Earl Exley**, conservara viva una llama que lo obliga a seguir adelante. Quizá la misma que, a pesar de su vida desamparada, a pesar de su ambulante fracaso, le permitió redactar antes de los cuarenta años este libro devastador y hermoso, la historia de un hombre que regresó de su desdicha para contárnosla.

Una edad difícil

Anna Starobinets

Prólogo de Ismael Martínez Biurrun

Traducción de Raquel Marqués García

Nevski Prospects. 256 páginas. 19 euros

¿A qué sabe el miedo en Moscú en el siglo XXI?

¿A qué sabe el miedo en Moscú en el siglo XXI? ¿A lo mismo que en Oviedo, Madrid o Nueva York? Sí, claro. Pero no, claro. El miedo en el siglo XXI, para dar miedo, sabe a desquiciamiento y en Moscú se dan modos curiosos de desquiciamiento. El miedo, además, para dar miedo en el siglo XXI, sabe a fantasías escapa-

das de un inconsciente cotidiano. Y la cotidianeidad rusa de las últimas décadas está sembrada de momentos que sólo pueden ser asimilados desde el inconsciente. Por lo demás, el miedo que refleja **Starobinets** (1978) en esta colección de relatos bebe de toda la tradición occidental del fantaterror, pero se modela en la propia tradi-



ción rusa y desemboca en historias que arrastran al lector a simas que intuye y no le gustaría descubrir. La han comparado con **Stephen King** y también con **Philip K. Dick**, pero, para general suerte, es otra cosa. Distinta y muy interesante.

Recuerdos escritos en 1831

Charles Victor de Bonstetten

Traducción y prólogo de Manuel Arranz

Periférica

134 páginas. 12,50 euros

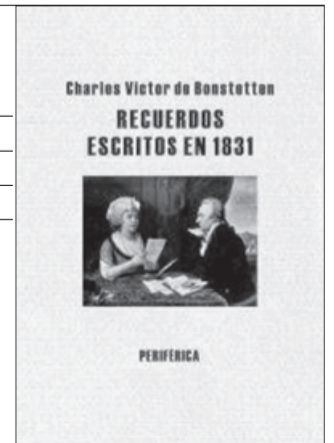
La memoria sutil de un hombre privilegiado

En **Bonstetten** (1745-1832) confluyen dos circunstancias que, por desgracia, no son infrecuentes: es un autor completamente olvidado y la lista de quienes apreciaron sus obras –y en particular estos ágiles y penetrantes recuerdos– está salpicada de nombres egregios.

Bonstetten fue, en realidad, un tipo bien tratado por la vida.

Viajó, escribió de lo humano y lo divino, formó parte del Gobierno suizo y conoció a innumerables personajes de relieve, **Voltaire** entre ellos, a lo largo de una vida en la que el faro mayor fue **madame de Staël**.

A pesar de que, en su opinión, su mejor pieza fue un discurso pronunciado desde un púlpito en defensa de la patata



–cuestión nada banal aunque hoy pueda mover a risa–, llegado ya a los 84 años cedió a las presiones de sus amigos más jóvenes y puso por escrito estos recuerdos con los que lograba encandilarlas un ratito cada tarde.